

» Así, con el año y el año, vuelven las estaciones y las estaciones; pero para mí no vuelve jamás más el día. Yo no veo ya los blancos crepúsculos de la mañana, ni los crepúsculos dorados de la tarde, ni las yerbas florecidas de la primavera, ni las flores del estío, ni los animales en los pastos, ni el rostro divino del hombre. El libro universal, donde están escritas todas las obras de la creación, borradas para mí, no es ya á mis miradas sino una página en blanco. El sentido por donde penetra en el hombre toda ciencia y toda sabiduría me está vedado para siempre.

» ¡Luce, pues, tanto más inferiormente en mí, oh celeste claridad perdida para mis sentidos! ¡Penetra con tus rayos mi alma, á fin de que pueda ver y referir las cosas invisibles á los ojos de los mortales!»

XXI.

Esta invocación á la luz es una de las páginas más bellas del poema, porque aquí el poeta es más hombre, y por que en vez de imaginar, siente.

Todo el que ha leído conoce el poema. Es la relación de la Biblia mezclada de fábulas, aventuras y largos discursos. A excepción de la invocación que acabamos de reproducir, de algunas descripciones del Eden y de los amores de Adán y Eva en el Paraíso, el libro no es inmortal sino por el estilo. Una fastidiosa teología, semi-bíblica y semi-imaginaria, hace pesado el vuelo del poeta y cansa al lector. Dios y el Hijo de Dios hablan allí como hombres y no como divinidades. Tienen amigos y enemigos en sus criaturas; las facciones se agitan en el cielo y en los infiernos para destronar al Increado.

Los ángeles y los demonios se dan combates en el espacio con armas mecánicas y se matan sin morir para disputarse la posesión de un insecto llamado el hombre sobre un grano de polvo perdido en el caos, llamado el globo de la tierra.

Se discute en el consejo de Dios como en el parlamento. Hay oradores del gobierno celeste y tribunos del pueblo infernal que piden la cabeza del Altísimo, como Milton la de Carlos I. Todo esto, á pesar del talento de Milton, está vacío de filosofía y lleno de tedio. Es el sueño de un puritano dormido sobre las primeras páginas de su Biblia.

La versificación sola compensa lo inane de la fábula y recuerda, exceptuada la rima, á Homero, Virgilio y Racine; pero Milton, á pesar de su fama póstuma de primer poeta épico inglés, se queda á inmensurable distancia de Shakspeare, que no recuerda, pero que traduce á la naturaleza en vez de traducir leyendas sagra-

das. Sin embargo, Shakspeare había nacido y muerto cuando apareció Milton, y la ingrata Inglaterra no sospechaba todavía que poseyese en él al poeta supremo y universal.

Milton, aunque muy inferior, debía aventajar en gloria á Shakspeare durante largos años. ¿Por qué? A causa del asunto de su poema. La Inglaterra era teológica y bíblica. El hombre que había versificado á Jehovah y la Biblia debía aparecerse como un poeta en cierto modo sagrado. Esto es lo que sucedió, pero mucho tiempo después que Milton no podía ya gozar de su gloria. Su nombre y su impopularidad habían perjudicado á la celebridad de su poema. El regicida eclipsaba al poeta.

XXII.

Terminada la obra y copiada por sus hijas, que eran su único público, la llevó al censor regio encargado de permitir su impresión. Un librero, llamado Symons, dió cinco libras esterlinas por ella al anciano. El poeta las dió á su muger y á sus hijas para los gastos de la casa y recompensar en cuanto podía los malos ratos que habían pasado escribiendo los versos que él dictaba, ó volviendo á copiar la obra maestra. Parece que ni una queja se levantó entonces del alma ó de la casa del poeta contra lo miserable del precio. Había cantado para Dios y para la gloria. Ese pedazo de pan caído de la mano de un librero y añadido al pan cotidiano fué una dulzura doméstica que regocijó el hogar de Milton.

Después, las ediciones del *Paraíso perdido* en Inglaterra y en toda Europa han producido más millones que obolos tenían las cinco libras esterlinas del librero Symons.

XXIII.

Según unos, el poema permaneció diez años sepultado en la tienda del impresor sin ser mencionado, ni leído. Según otros, obtuvo una fama circunscrita, pero rápida, é hizo lucir un crepúsculo de gloria sobre los últimos años del poeta.

No se pudo leer sin un deslumbramiento de admiración las escenas amorosas y patéticas de la aparición de Eva á Adán y de Adán á Eva en el jardín de la inocencia; no se pudo leer sin un temblor de casta voluptuosidad los diálogos á la vez puros y apasionados entre los dos primeros amantes de la raza humana. Los historiadores que acusan á Milton de no haber amado jamás á las mugeres sino como á las esclav-

vas del hombre, calumnian á la naturaleza. Solo un corazón fecundo de entusiasmo por la belleza y de respeto y ternura para la muger es el que ha podido imaginar y cantar semejantes versos.

«Adán, dice en versos tan armoniosos como las tintas fugitivas de la mañana, Adán, que busca á su compañera y que la supone ya verrante por los bosques del Eden, con los pies sobre el rocío, se admira de hallarla todavía dormida, destrenzados sus cabellos y las mechas enrojecidas como por las agitaciones de un sueño penoso. Levántase para contemplarla, medio apoyado sobre el codo; amorosamente inclinado sobre ella contempla con miradas embriagadas en sus perfecciones la belleza que en la vigilia y el sueño brilla con gracias diferentes, pero iguales.

Entonces, con voz casi inarticulada, como cuando el ligero céfiro de la mañana sopla meciendo los tallos de las flores, toca suavemente con la mano la mano de Eva, y le dice estas palabras:

«Despierta, mi bella entre todas las cosas bellas; esposa mía, mi último don del cielo, hallado por mis ojos y por mi corazón superior á todos los demás dones, mi embriaguez siempre agotada y siempre nueva!

«Despierta! la mañana resplandece y la campiña, húmeda con la frescura nocturna, nos convida. Perdemos la flor del día, el momento de admirar como respiran nuestras plantas favoritas, que también se despiertan; como el bosque de naranjos abre y siembra sus cálices, de donde se desprende la mitra; como la caña perfumada destila su miel; como la naturaleza compone y fune sus matrices sobre las flores y como la abeja zumbadora se posa sobre el borde de los cálices para libar su nectar líquido!

«Este cuchienco de los labios de su esposo despertó á Eva, que fijando en Adán una mirada en que se leía un resto de espanto y enlazándole con sus brazos, le dijo:

«¡O tú, único ser en quien mis pensamientos hallan todo reposo, toda gloria y toda perfección; ¡qué alegría experimento al ver de nuevo tu rostro cuando vuelve la aurora! Esta noche he soñado...»

Y le cuenta la aparición que había tenido en sueño y las seducciones de la serpiente tentadora.

«De esta suerte, prosigue el poeta, contó Eva su noche, y Adán le contestó en estos términos:

«Imágen la más perfecta y mitad más querida de mí mismo, ningún mal puede residir en tí, la más pura de las criaturas. No estés triste, no cubras con esa nube tus ojos, ordinariamente más serenos que lo es para la tierra la sonrisa del alba al despertar. Levántemonos de aquí para ir á vagar por entre las selvas, las fuentes y las yerbas floridas que entabren ahora su seno cargado de perfu-

mes, cerradas durante la noche y abiertas por la mañana para embalsamar tus pies é incensar tus cabellos!

«Tranquilizábase al oír estas palabras su bella esposa; pero aunque ya consolada, dejaba caer silenciosamente y sin sentir una dulce lágrima de sus párpados. Empujóla ella con sus cabellos sobre su mequilla; pero otras dos lágrimas surgían ya de su fuente de cristal. Adán las recogió en un beso antes de su caída.»

Los dos esposos se levantan, se estravian por los bosques y arrebatados de un piadoso entusiasmo por el Creador de estas maravillas, cantan la plegaria que no era entonces más que una exclamación de admiración, de gratitud y felicidad.

En otro canto añade el poeta épico del primer amor: «Ya la luz etérea comenzaba á lucir entre las flores mojadas que exhalaban su incienso matinal, en el momento en que todas las cosas respirantes ó aspirantes sobre el gran altar de la tierra elevan hácia el Creador las alabanzas mudas y los perfumes de las vidas que ha creado. La pareja humana salió de su tienda de verdura, y dió en su adoración la palabra á las cosas sin voz. Eva, la primera, habló entonces á su marido.

«Vé, le dijo, á donde tu inclinación te arrastra, ora sea para enlazar las flexibles ramas de las madre selvas al rededor de los arbustos que las levantan consigo hácia el cielo, ora para ayudar á esas enredaderas trepadoras á subir hasta la copa de los grandes árboles, en tanto que yo, allá abajo, en aquel parterre confuso de rosas entremezcladas de mirtos, hallaré hasta el medio día nuevas gracias que añadir con mis cuidados á las gracias de la tierra; porque cuando trabajamos demasiado cerca el uno del otro en el jardín de las delicias ¿será de extrañar que estando tan próximos, no cesen de cruzarse nuestras miradas y sonrisas, y entablemos un diálogo imprevisto que venga á interrumpirnos y nos haga perder el resto del día sin haber hecho nada para merecer nuestro festín de la tarde?

«Nuestro Señor, responde Adán, no nos ha inspirado tan obligatoriamente el trabajo, que nos esté prohibido descansar cuando nos asalte el deseo y solazarnos, bien con la conversacion, ese alimento del espíritu, bien con nuestras dulces miradas y sonrisas, porque las sonrisas, negadas al bruto, son el aguijón del amor; pero si te molesta una conversacion demasiado larga, podré algunas veces resolverme á un breve alejamiento, que te haga más agradable mi vuelta.

«Pero temo que suceda algún mal, cuando estés privada de mi presencia. No creas que el apoyo de otro es superfluo; tu mirada me comunica todas las virtudes; bajo tus ojos me siento más prudente, más fuerte y más confiado.»

«Eva resiste y quiere seguir su capricho; se retira suavemente su mano de la de su esposo, y como una ninfa ligera vuela hacia sus bosques. Adán encantado la seguía con una mirada de amor; pero sin embargo deseaba más que se quedase á su lado.

«Una vez cometida la falta, Adán se lamenta en la soledad. Cuando Eva, triste y alejada de él, vió su dolor, dice el poeta, aproximándose con pasos tímidos, intentó consolar su pena con dulces palabras; pero él la rechazó con una mirada severa y se desvió de ella.

«¡Oh, no me rechaces así, Adán, te dijo, yo mendigo suplicante tu misericordia y abrazo tus rodillas. No me prives de lo único que me hace vivir, tus dulces miradas, tu ternura, tu asistencia, tu apoyo y hasta tus mismas reconvenções! Abandonada por tí, ¿á dónde iré yo? Mientras vivamos todavía (acaso solamente por rápidos momentos) reinen entre nosotros dos la paz y el amor! Tú no has pecado sino contra Dios, yo contra Dios y contra tí.

«Las lágrimas interrumpieron su voz y permaneció inmóvil en humilde actitud, hasta que obtuvo el perdón y la paz de su marido.

«El corazón se enterneció y ablandó para ella que poco antes era su vida y su delicia, y ahora estaba ya prosternada á sus pies en la angustia, ¡criatura tan bella, implorando la reconciliación, el consejo y el socorro de aquel á quien había disgustado!

«Como un hombre desarmado, Adán siente decaer toda su cólera, levanta á su amada, y muy pronto con palabras de ternura; levántate, le dice, oh tú, fuente de todo lo que debe vivir! etc.»

XXIV.

Bajo tales acentos no puede dudarse de que había un corazón ardiente y tierno para la mujer en el pecho de Milton. Son los más hermosos, y tal vez los únicos verdaderamente simpáticos de su poema. El resto es imaginario, fanático y frío como la teología. No se construye una epopeya con máquinas poéticas, sino con sentimientos. El defecto del *Paraiso perdido* es ser una Biblia en verso y no un drama humano, escepto en lo que acabamos de citar.

Mr. de Chateaubriand, que ha traducido á Milton, ha colocado el *Paraiso perdido* al nivel de Homero y de las epopeyas primitivas de la India, Grecia y Roma.

El ilustre traductor quería demostrar por el ejemplo lo que había establecido en el *Genio del cristianismo*, su más bella obra, que la religión cristiana era la más patética y sublime de las poesías. Esta era la paradoja de una reac-

ción que sobrepuja á la verdad. El cristianismo es la filosofía del dolor, y en esto consiste su belleza; separa rudamente al hombre de todos los sueños; le presenta sin cesar la triste imagen de su decadencia, de su miseria y de su redención por la penitencia. Sus dogmas gimen y no cantan; su moral proscribió todas las voluptuosidades, aun las de la imaginación. Un drama es una profanación, y hasta una imagen es casi un crimen á los ojos de una religión toda espiritualista, que abate los sentidos para hacer triunfar el espíritu. En su cuna no hay poetas; no hay más que apóstoles, creyentes y mártires. El genio del cristianismo es la austeridad; el genio de la poesía es la ficción: estos dos genios antipáticos no se casan jamás sin desnaturalizarse el uno por el otro.

Los poetas épicos cristianos no son poetas, sino cuando se hacen paganos por las ficciones póstumas, como Camoens, Dante, el Tasso, Milton, haciendo del cielo metafísico de los cristianos un Olimpo homérico, ó descendiendo á los infiernos tras los pasos de Virgilio; pero estas ficciones reniegan de la teogonía cristiana. Su Olimpo, en lugar de esos dioses y diosas, de esos amores y gracias, que personifican divinamente todas las pasiones humanas, no tiene más que un calvario y un instrumento de suplicio, donde las gotas de sangre de un martirio divino lavan las manchas de la tierra.

Solo Klopstock, el épico alemán, ha intentado poetizar la magestad trágica de este drama en su *Mesiada*; pero la *Mesiada* no es un poema; no es más que un sollozo de la humanidad á los pies de la cruz de un redentor.

Milton no se ha librado, en el *Paraiso perdido*, de esa gravedad poética del dogma cristiano. Ha escrito metafísica en verso, en lugar de poesía en sus cantos. No ha sido poeta sino en las páginas donde ha celebrado el amor del primer hombre por la primera mujer, porque entonces no inventaba, si no recordaba; no buscaba su inspiración en su teología, sino en su corazón. Así es que sus páginas quedarán siempre en la memoria de los hombres.

XXV.

El poco éxito del *Paraiso perdido* en el momento de su publicación no desanimó al poeta; la tristeza doméstica era la miseria cada vez que faltaba el pan en la casa. Su mujer y sus hijas le invitaban á cantar ó escribir para sacar de sus páginas algún mínimo salario que pudiera sostener á la pobre familia. De esta suerte compuso, como su modelo Homero, los últimos versos y los más bellos de sus obras.

La vejez parecía dar un acento más patético á su voz. Su alma era como esos instrumen-

tos de cuerdas que tienen poco sonido cuando salen de las manos del obrero, pero que la madera vetusta hace más sonoros y lo que se llama el *alma* gime más melodiosamente en la madera casi apollada del instrumento.

Se cuenta también que las jóvenes hijas de Milton, cuando necesitaban un vestido ó un modesto adorno adecuado á su mediocridad, robaban de los papeles del viejo, sin saberlo él, algunos manuscritos y los vendían á librerías famélicas por una ó dos guineas, con las cuales se adornaban ellas y alimentaban á su padre.

De este modo enagenaron uno á uno todos los libros de su biblioteca, ya inútiles, para dulcificar sus últimos años.

Su mujer, la Eva sin crimen de aquel pobre Eden doméstico, cuya gracia, amor y fidelidad había celebrado él bajo el nombre de la primera esposa del hombre, fué un modelo de cariño para el anciano y de paciencia en sus adversidades. Envejeciase de sufrir por él y con él. Cierta presentimiento decía á su corazón que aquel ciego, medio proscrito y casi olvidado de sus contemporáneos, llevaba en sí alguna virtud divina que se esparciría sobre su memoria y santificaría para el porvenir todo lo que hubiese llevado su nombre y participado de sus miserias. La enfermedad misma de su marido le era querida, pues se regocijaba de ser los ojos, las manos y los pies de aquel hombre que la había amado tanto en su juventud y que no se comunicaba sino por medio de ella con aquel mundo.

Los últimos amigos y los vecinos de Milton admiraban á aquella mujer, todavía joven y bella, que cifraba todas sus delicias en aquel ciego y que se adhería á él con tanto más motivo, cuanto que la vejez, la proscripción y la indigencia le deserraban más del comercio y aun de la piedad del mundo. La Providencia tiene así en las mujeres sus misterios de misericordia, que compensan por medio de consuelos santos y secretos los abandonos aparentes del siglo.

Milton volvía á hallar en su ceguera y en su miseria algunos de los diálogos más patéticos que había soñado en su Eden entre el hombre proscrito y la mujer fiel á las puertas del Paraiso cerrado. Componía en prosa y verso oraciones que su mujer y sus hijas recitaban cantando los días de fiesta en su estancia ó en el jardín.

La imaginación y la piedad, que son las dos eternas juventudes del hombre, le quitaban todo lo que de tético pudiera tener su ancianidad. Era grave y no triste, semejante á Bernardino de Saint-Pierre, el Teócrito francés, el autor, joven á los ochenta años, de *Pablo y Virginia*. Milton conservaba bajo sus cabellos blancos esa belleza del rostro que es la segunda flor de la vida más duradera que la de la juventud. Su frente no tenía arrugas, su tez era sonrosada y su boca grave y risueña; sus

ojos, aunque apagados, eran azulados y profundos, como si la luz que los penetraba en la superficie los hubiese alumbrado hasta el alma. Su voz era cadenciosa y dulce como un canto. Le gustaba andar mucho en la estación del sol y de las flores, y cuando se apoyaba en el brazo de su mujer ó de sus hijas marchaba derecho y firme por los senderos de las colinas inmediatas á Londres, escuchando con placer todos los rumores del campo, y sobre todo el canto de los pájaros.

Solo cuando sus viejos amigos del tiempo de Cromwell le hablaban de sus antiguas pasiones políticas y sonaba en la conversación el nombre Carlos I, se creía ver pasar una nube por su hermosa fisonomía. Siempre republicano, deploraba la desaparición de su sueño que habían hecho tan breve la inconsciencia del pueblo inglés de entonces y la traición del ejército; pero sobre todo se lamentaba de haber dado á ese hermoso sueño la sangre de un rey desgraciado é inocente.

Este remordimiento, el único de su vida, lo envenenaba todo para él en lo pasado, hasta su noble aspiración á la república.

¡Felices las teorías que se desvanecen ó se aplazan sin dejar una huella de sangre en la mano! Milton no tuvo esta dicha: entre todos los sueños de su hermosa vejez había una cabeza cortada que brotaba sangre desde lo alto de un cadalso sobre las cabezas de dos hijas. El rudo y soldadesco Cromwell había confesado este remordimiento á su familia al morir; ¿cómo el piadoso y patético poeta de la república no lo hubiera confesado á la suya? Todo en sus últimas obras indica esa tristeza y ese arrepentimiento. Si entonces no lo confesó públicamente, fué porque reinaba Carlos II, y porque este arrepentimiento, honroso de confesar delante de Dios, hubiera parecido á Milton una cobarde retractación y una súplica vil delante de los hombres.

XXVI.

Se conservan pocos detalles sobre sus últimos momentos; se sabe solo que se extinguió lentamente en esos ocios que son el crepúsculo insensible de las vidas largas, último beneficio del cielo para sus favoritos, para quienes hacen dulce la transición entre la vida y la muerte.

El último amigo que le visitó antes de su fin cuenta que habitaba una casita retirada y silenciosa en el extremo de un arrabal de Londres, cerca de los prados que se confunden con la ciudad. Los peldaños de la escalera que subían á su cuarto estaban cubiertos de una alfombra vieja para que el ruido de las pisadas de los que subían y bajaban no turbase

sus escasas horas de sueño. Halló á Milton embozado en una capita corta de color parduzco, apoyados los codos sobre los brazos de un sillal. Quedábase pocos soles que contar así sobre la tierra. Se estinguió sin dolor y sin agonia en la noche del 46 de noviembre de 1674.

Fué sepultado por disposicion de su muger y de sus hijas al lado del sepulcro de su padre en la pequeña iglesia de San Gil; el temor de decir demasiado ó muy poco en el epitafio de un enemigo de los Estuardos reinantes impidió que se inscribiese nada sobre su piedra, ni aun su nombre. Esta piedra anónima solo conservó su notoriedad por tradicion de la parroquia, porque su muger y sus hijas venian con frecuencia á arrodillarse delante de ella. La del Tasso en San Onofre llevó á lo menos su nombre; pero el cantor de Clorinda no dejaba en pos de sí mas que lágrimas, amor y no resentimientos políticos. El no habia sido mas que amante y poeta; pero Milton fué ademas hombre de Estado. Llevaba la pena de su doble genio.

XXVII.

La viuda de Milton languideció en la oscuridad y en la indigencia y murió de aislamiento pocos años despues que él. Las hijas se casaron con pobres artesanos del arrabal que habian habitado con su padre.

Dos de estos artesanos eran tejedores. Las hijas de Milton tejieron la tela con sus maridos. Treinta años despues de su muerte, cuando el *Paraiso perdido*, largo tiempo ignorado, llegó á hacerse célebre; cuando sus compatriotas por una de esas vicisitudes que exhuman los libros como los hombres, exhumaron el poema de Milton y coronaron al poeta como á Inés de Portugal despues de su muerte, algunos curiosos de gloria buscaron en su oscuridad á los descendientes del gran hombre. Débora, su hija querida, vivia aun en la casa del tejedor de Spitfields, que se habia casado con ella, y como la presentasen un retrato coronado de laureles:

«¡Oh padre mio, oh padre mio! esclamó reconociéndole y abrazándole ¿qué no puedes salir del sepulcro para ver tu gloria tardía reflejar sobre el rostro de tu amada hija.»

Addison, el célebre crítico inglés, que era al mismo tiempo ministro de la reina, obtuvo de esta princesa una gratificacion de cincuenta guineas para la pobre Débora.

El gran poeta lírico de Inglaterra, Dryden, habiendo leído el *Paraiso perdido*, esclamó: «La memoria de este hombre nos eclipsará á todos.» Dryden se engañaba por entusiasmo, pues habia mas preocupacion y patriotismo que verdad en la opinion que exaltó á Milton sobre todos los poetas de la Gran Bretaña, tier-

ra de poesia. Los ingleses estaban orgullosos de ver un poema épico, forma de poesia que parecia entonces la obra maestra del espíritu humano.

Los franceses se hicieron tambien mas adelante la misma ilusion sobre la *Henriada*. La *Henriada* ha muerto; el *Paraiso perdido* vive todavia y merece vivir por algunas de sus páginas; pero Milton debia bajar y Shakspeare crecer de siglo en siglo en la posteridad, porque Milton era un imitador y Shakspeare un creador. Una escena de *Romeo y Julieta* revela mas alma y contiene mas lágrimas que todo el *Paraiso perdido*.

El Tasso habia cantado el último de los poemas épicos. La epopeya, especie de apotheosis, ó relacion de los heroes históricos ó de los dioses imaginarios, no cuadra ya al mundo moderno, que busca sus heroes en la historia y su dios por medio de la razon. La poesia de los grandes hombres está en los verdaderos acontecimientos de su vida, la poesia del cielo está en la religion y lo maravilloso en la naturaleza comentada por la ciencia. Las fábulas, en vez de engrandecer á los heroes, á la naturaleza y á Dios, lo empequeñecen todo.

Si queda alguna epopeya que hacer á los poetas futuros, es la epopeya íntima del corazón humano. Un vasto poema que tomase al hombre en su cuna y le condujese al sepulcro al través de las vicisitudes, alternativamente felices ó miserables de la existencia ordinaria de los hombres; que pintase el nacimiento, las edades, la familia, el techo doméstico, las ternuras, las delicias del hogar, la religion, los paisajes, las profesiones, los oficios, las entrevistas, las separaciones, los amores, los obstáculos, los gozes, las agonias, las resignaciones y las muertes de la especie humana, y que hiciera brotar de estas escenas vulgares todos los sentimientos, todos los gritos y todas las lágrimas del corazón humano, semejante poema, encerrado como dentro de un marco por un pincel verdadero y patético en las magnificencias y en las tristezas de la creacion material, formaria la epopeya del sentimiento, el poema del hombre, los *Fastos* del Ovidio de la civilizacion moderna. El poeta que intentase cantarlo á los hombres de nuestros dias no tendria necesidad de otra cosa sobrenatural mas que la creacion, ni otra cosa maravillosa mas que lo infinito, ni de otra fábula mas que la verdad, ni finalmente de otra lira mas que su propio corazón. Este poema seria leído en el palacio y en la cabaña, en el campo y en el taller, en la opulencia y en la miseria, hasta que un nuevo orden de sociedad hubiese trasformado las condiciones humanas, los hombres y las cosas, en otra civilizacion desconocida que crearia á su vez una nueva epopeya.

Ni Milton ni Voltaire concibieron nada semejante, y he aquí porque la *Henriada* ha cauducado y el *Paraiso perdido* no es mas que

un monumento de biblioteca. La poesia corre las calles y los poetas van á buscarla en las nubes. ¡Dichoso el que la encuenra donde está, es decir, en la verdad y en todas partes! Pero ese hombre aun no ha nacido

XXVIII.

Sea de esto lo que quiera, el nombre de Milton ha quedado, y quedará siendo memorable por dos títulos en la historia de los talentos eminentes que ilustran los siglos: grande por la poesia y grande por la política. En cuanto á su poesia, ya la hemos caracterizado en sus citas; generalmente es imitada, pero el plagiarlo en Milton es digno de la antigüedad que copia. Por lo que hace á sus actos, los hemos reprobado en su glorificacion del regicidio; pero si su pluma fué un dia cruel, por lo menos su carácter cívico no fué nunca bajo. No abandonó la república vencida, cuando le hicieron traicion Monk y la fortuna. No dió disculpas innobles ni cantó cobardes palinodias á presencia de los Estuardos triunfantes; no huyó como reo asustado de la pena, ó avergonzado del crimen; se quedó valerosamente en Inglaterra con la responsabilidad de sus opiniones y de sus actos, dispuesto á dar su sangre á la libertad, como le habia dado desgraciadamente su prenda con la cabeza de Carlos I.

Tuvo en la miseria la mas rara de las virtudes humanas, la constancia. Habia tenido algo de Mario en las proscripciones sangrientas de la república, de que se habia hecho cómplice; pero tuvo tambien mucho de Catón de Utica en su perseverancia contra la tiranía y habria tenido de Lucano en su muerte si los Estuardos hubieran tenido sed de sangre del poeta inglés, como el tirano de Roma la habia teni-

do de la sangre del poeta romano. Sea cualquiera la causa, los hombres han hecho una virtud de la constancia por sí misma, pareciendo elevar al hombre sobre la fortuna, ese idolo caprichoso de nuestra frágil humanidad.

Hubo ademas en la vida de Milton, el Belisario de los poetas, tres cosas que perpetuarán su memoria en el alma de los hombres, inspirándoles tanta admiracion como ternura: su vejez, su indigencia y su ceguera. Homero, ciego como él, era conducido de puerta en puerta para cantar sus versos por un niño, ajustado al efecto por unos cuantos óbolos, para guiarle por los rudos senderos de la isla de Chio.

Los niños que conducian á Milton por las colinas de Londres eran sus propias hijas, nacidas de sus amores con su primera muger, siempre llorada.

La ternura filial y la gratitud paterna añaden de este modo una ternura y una moralidad mas á la vejez, á la miseria y á la enfermedad del poeta inglés.

Los mejores retratos de Milton le representan sentado al pie de una encina, al ponerse el sol, vuelto el rostro hácia sus rayos, dictando sus versos á su muy amada Débora, atenta á la voz de su padre, en tanto que su esposa Isabel le mira como Eva miraba á su esposo despues de la falta y el castigo. Sus dos hijas mas jóvenes le cogen flores de los prados para hacerle aspirar algunos olores del Eden que acaban de perfumar sus sueños.

Involuntariamente se piensa en la suerte que estaria reservada á aquella esposa y á aquellas hijas despues de la muerte del venerable y hermoso anciano, y el poeta, así reproducido es mas poético que el poema.

¡Dichosos los hombres que tienen así una lágrima sobre su gloria! Esta gloria descende entonces hasta el corazón, y en este corazón solamente es donde el poeta es verdaderamente inmortal.